



Hércules en el Palacio de Ónfale, óleo sobre lienzo, Ca' Rezzonico, Venecia . Antonio Bellucci. / Wikimedia Commons

Miradas a la masculinidad, miradas al género



La mitología grecorromana, para defender y perpetuar el papel dominante del hombre en el mundo, se ha valido en algunos casos de representaciones donde éste queda humillado. De hecho, esto ocurre, entre otras, en la curiosa historia de Hércules y la reina Ónfale de Lidia.

>> **Fernando Wulff Alonso** / *Catedrático de Historia Antigua*

Pocas historias de Heracles-Hércules impresionan más que la de su encuentro con la reina Ónfale de Lidia. Es una historia en gran medida desconocida, pero que, sin embargo, fue muy popular en el mundo griego y romano. Hubo comedias sobre ella, relatos, alusiones en tragedias que todavía tenemos y hubo, sobre todo, lo que más nos ha llegado: representaciones plásticas en mosaicos, estatuas o pinturas, entre otras. Pero, ¿qué aparece allí?

Antes, para entender lo extraño que resulta, situemos al héroe en uno de sus papeles fundamentales que yo, hace ya muchos años, definía como el de “archimacho”. El personaje de legendaria fortaleza y heroicidad, al que hacen justicia el metal o la piedra de las estatuas que nos lo muestran musculado, desafiante, con su maza, es también el protagonista de historias como aquella del rey Tespio. Éste, deseoso de tener descendencia de un héroe así en sus cincuenta hijas, se las



Fresco antiguo romano de Casa del Príncipe de Montenegro, Pompeya (45-79 a. C.), Italia. *Wikimedia Commons*

En la página anterior, abajo, *Hércules y la Hidra* se muestra como “archimacho”, personaje de legendaria fortaleza y heroicidad. Óleo sobre tabla de Antonio Pollaiuolo c. 1475. Galería de los Uffizi, Florencia / *Wikimedia Commons*



habría entregado y lo habría conseguido, en la versión digamos más optimista, en tan sólo una noche.

En ocasiones se ha representado a Hércules vestido de mujer, con un atuendo de prostitutas e incluso borracho

Heracles también ha representado el papel de héroe humillado. Bajo su poder no es el “archimacho”, es bien otro. Sólo basta con describir sus representaciones: aparece vestido de mujer, a veces incluso con un atuendo propio de prostitutas, en ocasiones borracho o con amorcillos alrededor burlándose de él. Hay otras en las que aparece tendido mientras los mismos amorcillos le quitan la maza. Otras llevan aún el juego más allá: él, ese héroe, hila en la rueca, la tarea más identificable con una mujer, más aún que la cocina, porque abarca a todas las mujeres, reinas o esclavas.

¿Y ella, la reina? Ónfale aparece en unos casos con él y en otros sola. Casi siempre en una posición de superioridad,

por ejemplo sentada en su trono y ni más ni menos que vestida con la piel de león de él, y sosteniendo esa maza, la que cualquiera identifica sin más con el héroe, como un guerrero que exhibe los despojos del derrotado. De hecho, hubo incluso autores que lo presentaban golpeado por ella con una sandalia de oro... ¿Y la reina sola? Si alguien ve una imagen femenina con la piel de Heracles que no dude: es Ónfale, o una mujer que se representa como ella. Pero si ve otra con rasgos femeninos muy poco marcados, masculinizada, puede ser un hermafrodita, pero también puede tratarse de Ónfale.

>> La pregunta

La sorpresa es sólo una parte del juego, la curiosidad es otra, las preguntas que nos hacemos a raíz de ello son las siguientes, las más importantes. Podemos empezar por preguntarnos lo aparentemente más obvio: ¿Por qué esa cultura, esas culturas, que inventan a un héroe así, heroico y “archimacho”, lo presentan también en tal situación, travestido, humillado, feminizado, y por qué ella aparece triunfante y, como vemos, hasta masculinizada? Y se podría

ampliar a épocas posteriores, casi llegando hasta el presente: existen alrededor de noventa representaciones artísticas de Ónfale y Heracles entre los siglos XIV y XIX e incluso óperas y algún poema sinfónico.



Hércules Borracho, óleo sobre tabla. Gemäldegalerie, Dresde. Peter Paul Ruben, c. 1611 *Wikimedia Commons*



Hércules y Omphale, 1781. Kunsthistorisches Museum, Gemäldegalerie. / Wikimedia Commons

Ni esta pregunta, ni sus respuestas nacen de la nada. Tenemos la suerte de que podemos abordarlas desde uno de los mayores cambios de la historia del mundo: la ruptura con la dominación masculina, que ha venido acompañada por otra, la puesta en duda de su “normalidad”, su “naturalidad”. Esto ha implicado separar dos cuestiones: la dotación física –masculina o femenina–, con la que nacemos, es decir, el sexo en sentido estricto, y lo que las sociedades han construido alrededor de ello. Sabemos que en esas construcciones hay muchas variantes, pero que en conjunto han tendido a dividirnos en dos grandes bloques (mujeres/hombres) dando normas

La identidad del hombre era la dominación sobre la mujer, perderla significaba el deterioro de la propia masculinidad

sobre lo que les era permitido o vedado hacer y no hacer –ocupaciones, comportamientos públicos y privados...–, expresar e incluso sentir, los roles de género. Permiéteme un chiste fácil: los roles, efecti-

vamente, no son de oro. Ni el masculino, ni el femenino, los dos fabricados a la sombra de la dominación, una vez perdida su falsa “naturalidad” pasan a ser objeto de estudio.

>> Una curiosa constante

Buena parte de lo que vamos a señalar ha sido también prácticamente universal, algo así como una especie de Carta Magna de la dominación masculina. En el mundo grecorromano hay centenares de referencias a cómo las mujeres debían estar sometidas porque eran inferiores, seres incapaces de controlar sus propias pasiones, que necesitaban un padre, un marido, un hombre para ello. Una sociedad gobernada por mujeres estaría condenada a la guerra y la violencia. La asociación del poder con la masculinidad se daba por hecho. No era sólo un tema global, sino individual: la identidad masculina era la dominación. Y es un tema de grupo: el de los hombres exigía a las mujeres, y a cada uno de los hombres, esa dominación y el cumplir con el rol que les era asignado. Perderla significaba perder la masculinidad ¿Y cómo mostrar esto de una manera evidente? Qué mejor que las historias, los mitos, los ejemplos...

Una primera respuesta a nuestra pregunta resulta más o menos obvia: cuando un autor tuvo que imaginar el castigo al “archimacho” Heracles por un crimen –casi– imperdonable, imaginó la peor de las humillaciones: que fuera esclavo no ya de un hombre sino de una mujer. Poner un hombre bajo el poder de una mujer va ligado a imaginarse que su condición de tal quede en cuestión. Así que el Heracles feminizado es uno de los posibles resultados de esa pérdida de poder sobre la mujer que definiría a un hombre. Y ella masculinizada, el otro. Es toda una concreción de la amenaza.

¿Es una historia divertida? Quizás sí, pero en el fondo el mensaje no lo es tanto. Remite a esa asociación de mujer, poder,

Heracles feminizado es un posible resultado de esa pérdida de poder sobre la mujer que definiría a un hombre

tiranía... que se encuentra también en el mito de las Amazonas, una imaginada sociedad de mujeres solas que se pinta como agresiva, violenta, sin ciudad.

>> Más preguntas

Esta respuesta es una base de la que partir. Hay otras, como hay otras preguntas. Muchas de ellas han sido o están siendo exploradas, en éste y en otros casos. Propondré sólo cuatro ya con bastantes respuestas detrás. ¿Esta historia y su popularidad, como otras similares, no apuntarían también a la necesidad de aliviar con la risa el temor permanente de los hombres en tales sociedades a perder su dominación, es decir, su rol? Es un mecanismo normal: aliviarnos el miedo bromeando con aquello que nos lo produce. ¿Componentes como el papel de las madres en la construcción de la identidad individual implicaban una especie de bomba de relojería en la imagen de la propia superioridad masculina? Si el niño nos habita para siempre, quizás nos acompañe siempre aquel tiempo en el que todo, dentro y fuera de nosotros, dependía de la madre. En el otro lado de la evidente interpretación moralista que asocia mujer con pasión y descontrol ¿en el éxito de esta historia no cuenta también el deseo último de entregarse al placer, rompiendo con toda convención?

Y una última centrada en las mujeres. Si una mujer hacía representar, como ocurrió en uno de los casos que conocemos, a su propia madre como Ónfale, daba sin duda la vuelta a la interpretación habitual del mito. Pero esa sustitución ¿cambiaba realmente el juego o se limitaba a alterar sus componentes? ●